

Apuntes para una recepción eclesial de los martirios de Romero y Angelelli

*“Si el mundo los odia, recuerden que primero me odió a mí”
(Jn 15,18)*

RESUMEN:

El artículo busca presentar una reflexión teológica sobre el martirio que colabore con la recepción eclesial del reconocimiento que hizo la Iglesia de los martirios de Óscar Romero (El Salvador) y Enrique Angelelli (Argentina). En el siglo XX se dio una ampliación de la noción teológica del martirio que pone de relieve el testimonio de amor de quien así entrega su vida. No es sólo mártir quien muere por defender la fe cristiana en cuanto a sus contenidos. También es mártir quien es perseguido y asesinado por el amor que brota de su fe.

En la segunda mitad del siglo XX, nuestro continente estuvo tristemente signado por la violencia guerrillera y el terrorismo de estado. En la llamada guerra fría, lo que en el Norte era una dialéctica entre capitalismo y marxismo, en el Sur se constituyó en un verdadero baño de sangre. En este contexto se dieron las muertes de estos dos obispos. Una de las dificultades para la recepción eclesial de estos martirios es que las agitaciones políticas de esos tiempos no terminan de resolverse. Esto hace necesario abordar la relación entre martirio y política. Además, los poderes que los persiguieron no se proclamaban como anticristianos. No sería una clásica persecución religiosa. Sin embargo, puede decirse que los mataron por “odio a la fe” (*odium fidei*). Por eso el artículo busca precisar el concepto de *odium fidei* y pensar cómo se aplica en estos casos.

Palabras clave: martirio; recepción; testimonio; cruz; sufrimiento

Notes for an Ecclesial Reception of the Martyrdoms of Romero and Angelelli

"If the world hates you, remember that you first hated me" (Jn 15,18)

ABSTRACT:

The article seeks to present a theological reflection on martyrdom that collaborates with the ecclesial reception of the Church's recognition of the martyrdoms of Óscar Romero (El Salvador) and Enrique Angelelli (Argentina). In the twentieth century there was an extension of the theological notion of martyrdom that highlights the testimony of love of those who thus give their lives. It is not only a martyr who dies to defend the Christian faith in terms of its contents. It is also a martyr who is persecuted and killed for the love that springs from his faith.

In the second half of the 20th century, our continent was sadly marked by guerrilla violence and state terrorism. In the so-called cold war, what in the North was a dialectic between capitalism and Marxism, in the South it became a real bloodbath. In this context, the deaths of these two bishops occurred. One of the difficulties for the ecclesial reception of these martyrdoms is that the political upheavals of those times are not resolved. This makes it necessary to address the relationship between martyrdom and politics. In addition, the powers that persecuted them were not proclaimed as anti-Christians. It would not be a classic religious persecution. However, it can be said that they were killed for "hatred of the faith" (*odium fidei*). That is why the article seeks to clarify the concept of *odium fidei* and to think how it is applied in these cases.

Key words: Martyrdom; Reception; Testimony; Cross; Suffering

Cuando Juan Pablo II en 1994 convocaba a celebrar el Gran Jubileo para recibir el tercer milenio de cristianismo nos hacía caer en la cuenta de que, así como la Iglesia del primer milenio nació de la sangre de los mártires, "al término del segundo milenio, la Iglesia ha vuelto de nuevo a ser Iglesia de mártires".¹ Por eso invitaba a las comunidades a hacer todo lo posible por no perder el recuerdo de quienes han sufrido la muerte por ser testigos de Cristo.

Hoy con Francisco la Iglesia de América Latina recoge dos frutos maduros de esa iniciativa al celebrar la canonización de Romero en El Salvador y la inminente beatificación de Angelelli y sus compañeros mártires en Argentina. A los que presumiblemente podrían sumarse otros en todo el continente.

Pero debemos ser realistas y aceptar que en un cuerpo eclesial complejo como el de Latinoamérica la recepción de estos nuevos san-

1. JUAN PABLO II, *Tertio millennio adveniente* 37.

tos tendrá sus particularidades. Habrá quienes los reciban prontamente y con entusiasmo y otros que necesiten tiempo para entender e internalizar los argumentos en los que se apoya la Iglesia para reconocer estos martirios. En todos los casos, nos parece que puede resultar de utilidad una breve presentación de una noción teológica actual de martirio.

La Iglesia crece permanentemente en la profundización de lo que Cristo reveló,² y la comprensión que ésta tiene del martirio no es una excepción. En el siglo XX pudo verse claramente un progreso en esta dimensión del pensamiento teológico y es lo que intentaremos presentar desde la perspectiva de la realidad latinoamericana. Para ello, lo primero que haremos es un breve esbozo de la noción posconciliar de martirio (1). Luego diremos algo sobre el martirio en América Latina (2). En tercer lugar, explicaremos qué se entiende por martirio “en odio de la fe” (*odium fidei*) (3) y por último haremos algunas puntualizaciones sobre la dimensión política de estos martirios (4).

Somos conscientes de que para muchos resulta una piedra de escándalo el hecho de que las muertes de estos obispos se hayan dado en el marco de convulsiones políticas que siguen sin resolverse del todo. Es una dificultad que resulta inevitable y que cada uno afrontará según la lectura que tenga de los procesos históricos de América Latina.

No presentamos estas reflexiones desde una pretendida asepsia histórica. Cosa además imposible. Lo hacemos tomando partido por los perseguidos. Para esto hay una razón de fondo que tiene que ver con una dimensión constitutiva de la Iglesia. Ésta, enseña el Concilio, está llamada a comunicar los frutos de la salvación recorriendo un camino de pobreza y persecución como el de Cristo.³ En la medida en que ella da verdadero testimonio de Cristo la persecución le resulta inevitable. Por eso donde quiera que se dé una situación histórica de opresión, odio, muerte, la Iglesia para ser fiel a sí misma se pondrá del lado de las víctimas y verá en ellas la imagen de su Fundador.⁴ Desde

2. Cf. DV 8.

3. Cf. LG 8: “como Cristo realizó la obra de la redención en pobreza y persecución, de igual modo la Iglesia está destinada a recorrer el mismo camino a fin de comunicar los frutos de la salvación a los hombres”.

4. Cf. LG 8: “también la Iglesia abraza con su amor a todos los afligidos por la debilidad

ese lugar intentamos pensar las muertes violentas de estos cristianos. Manteniendo la premisa de que se trate de una reflexión teológica. Esto es, una lectura de los desenlaces de las vidas de estos obispos desde la fe cristiana en el marco de la Tradición de la Iglesia.

1. *Martirio: el supremo testimonio de amor*

La primera palabra que brota ante el martirio es el silencio. No estamos ante una abstracción. En cada mártir hay una vida tomada por la misericordia que se debate frente a un odio asesino. El martirio es siempre un drama. Delante de todo sufrimiento genuino lo primero es el silencio. Como cuando contemplamos la Pasión de Cristo. Un silencio compasivo y adorante.

En este clima de Viernes Santo abordamos la realidad del martirio, desde Cristo muerto en la cruz. Él es el mártir por excelencia. Él entrega voluntariamente su vida para dar testimonio del amor misericordioso del Padre. Muchos otros en la historia han dado su vida por Jesucristo o por encarnar sus enseñanzas. La Iglesia los considera mártires porque sus muertes están asociadas a la muerte de Cristo. También hay quienes sufrieron persecución por sostener sus convicciones de fe, pero no llegaron a morir y se los reconoce como confesores.

Etimológicamente mártir significa testigo (del latín *martyr* tomado del griego *μαρτυρος*). Como Cristo, que es el “testigo fiel” (Apoc 1,5), digno de fe, que *da fe* del amor de Dios y este testimonio provoca en nosotros la fe. Del mismo modo, la sangre de los mártires mezclada con la de Cristo suscita nuestra fe, hace creíble la Buena Noticia que trajo Jesús y que la Iglesia transmite. Bien lo entendía Tertuliano cuando plasmó la inspiradora sentencia: “*sangre de mártires, semilla de cristianos*”.

El concepto de mártir, tal como lo conocemos, se encuentra formulado por primera vez hacia el año 155 con el *Martyrium Policarpi*. Allí se nos dice que Policarpo “no sólo fue *maestro insigne*, sino también *mártir excelso*, cuyo martirio todos aspiran a imitar, ya que ocu-

humana; más aún, reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y paciente, se esfuerza en remediar sus necesidades y procura servir en ellos a Cristo”.

rió a semejanza del de Cristo”.⁵ Mártir es aquí el que da su propia vida por seguir a Cristo. Su testimonio lo hace más que un maestro. Su actitud al dar la vida es una especie de supremo magisterio, capaz de engendrar fe.⁶

La existencia de los mártires da cuenta de dos realidades que despliegan su fuerza en la historia humana: la acción salvadora de Dios y el misterio de iniquidad. Esto es, el poder del Espíritu Santo que se encarna en personas concretas a tal punto que llegan a un grado de amor en el que prefieren morir antes que resignar sus convicciones, y el pecado que sigue enquistado en la humanidad generando sistemas enfermos de relacionalidad, que son capaces de presentar como deseable la muerte de quien da testimonio de una convivencia basada en el amor y el respeto a la dignidad de cada persona.

Desde los primeros siglos de cristianismo hasta el presente la noción de martirio ha tenido distintas acentuaciones. No nos proponemos aquí ofrecer una panorámica. Pero sí notar que el Concilio Vaticano II aportó una visión propia del martirio presentándolo en una perspectiva claramente cristocéntrica. Según afirma R. Fisichella en el *Nuevo Diccionario de Teología Fundamental*, para el Concilio lo normativo es el amor de Cristo, por tanto el acento no está tanto en la profesión de fe del mártir sino en el amor que está en la base del testimonio del santo. Esto se nota claramente en el párrafo de *Lumen Gentium* que aborda explícitamente el tema:

“Dado que Jesús, el Hijo de Dios, manifestó su amor entregando su vida por nosotros, nadie tiene mayor amor que el que entrega su vida por Él y por sus hermanos (cf. 1 Jn 3,16; Jn 15,13). Pues bien: algunos cristianos, ya desde los primeros tiempos, fueron llamados, y seguirán siéndolo siempre, a dar este supremo testimonio de amor ante todos, especialmente ante los perseguidores. Por tanto, el martirio, en el que el discípulo se asemeja al Maestro, que aceptó libremente la muerte por la salvación del mundo, y se conforma a Él en la efusión de su sangre, es estimado por la Iglesia como un don eximio y la suprema prueba de amor, Y, si es don concedido a pocos, sin embargo, todos deben estar prestos a confesar a Cristo delante de los hom-

5. Cf. R. FISICHELLA, “Martirio” en: R. LATOURELLE; R. FISICHELLA; S. PIÉ-NINOT (dirs.), *Diccionario de Teología Fundamental*, Madrid, Ed. Paulinas, 1993, 858-871, 859.

6. Cf. J. I. GONZALEZ FAUS, “Testigo del amor, muerto por odio al amor”, *Concilium* 299 (2003) 67-74, 72.

bres y a seguirle, por el camino de la cruz, en medio de las persecuciones que nunca faltan a la Iglesia”.⁷

La noción preconiliar insistía en que la muerte debía ser instigada por un rechazo a la fe del mártir. El límite de esta visión es que podía reducir el campo del martirio si se entendía la fe sólo en su dimensión intelectual. En cambio, *Lumen Gentium* al hablar de martirio no nombra el *odium fidei* ni la profesión de fe, aunque ciertamente los supone, sino que prefiere hablar de martirio como “signo del amor que se abre hasta hacerse total donación de sí”.⁸ Más adelante volveremos sobre la expresión *odium fidei*, ya que entenderla correctamente resulta indispensable en una teología del martirio.

La clave está en el amor del que da testimonio el santo. Por eso, hoy se entiende más fácilmente que es mártir aquél que no sólo profesa la fe frente a sus perseguidores, sino que da testimonio de ella luchando contra la injusticia. En palabras del prestigioso teólogo italiano:

“Si se asume este horizonte interpretativo, resulta claro que el mártir no se limita ya a unos cuantos casos esporádicos, sino que se le puede encontrar en todos aquellos lugares en los que, por amor al Evangelio, se vive coherentemente hasta llegar a dar la vida al lado de los pobres; de los marginados y de los oprimidos, defendiendo sus derechos pisoteados”.⁹

El caso de Maximiliano Kolbe es un buen ejemplo de esta ampliación del concepto de martirio que se da después del Concilio. Este sacerdote franciscano polaco murió en Auschwitz después de haberse ofrecido espontáneamente a reemplazar a uno de los prisioneros elegidos para morir de hambre. Tras sobrevivir dos semanas en la celda del hambre se le quita la vida con una inyección mortal el 14 de agosto de 1941. En 1971 es beatificado por Pablo VI no como mártir sino bajo el título de “confesor” ya que, si bien su muerte fue un acto de caridad sublime al morir por otro, no fue interrogado directamente sobre su fe. Pero en 1982 Juan Pablo II, en contra del juicio de algunos miembros de la curia romana, decide canonizarlo como mártir. En su homilía el día de la canonización no aparece la expresión “mártir de la

7. LG 42. Cf. también LG 50; GS 20; AG 24; DH 11.14.

8. R. FISICHELLA, “Martirio”, 867.

9. *Ibid.* 868.

fe” y está dedicada a mostrar el testimonio de amor que dio el padre Kolbe. De este modo, Kolbe se constituyó en el primer santo que cambió de categoría entre las dos etapas de la misma canonización.¹⁰

2. *El martirio en América Latina*

En la segunda mitad del siglo XX, nuestro continente estuvo tristemente signado por la violencia guerrillera y el terrorismo de estado. Eran los tiempos de la llamada “guerra fría” entre Estados Unidos y la Unión Soviética, que entre nosotros fue bien caliente. Lo que en el Norte era una dialéctica entre capitalismo y marxismo, en el Sur se constituyó en un verdadero baño de sangre. En toda la geografía latinoamericana fueron apareciendo guerrillas revolucionarias y dictaduras militares que bajo la excusa de luchar contra el marxismo y mediante el terrorismo de estado, implantaron una economía de mercado que derivó en pocos años en una deuda externa astronómica. Hoy se sabe que el gobierno de Estados Unidos articulaba y apoyaba esas dictaduras a través, por ejemplo, del Plan Cóndor.¹¹

En este escenario, fueron muchos los que murieron luchando desde sus convicciones cristianas por una sociedad donde todos tengan un lugar. Como a Jesús, los mataron no por profesar una fe sino por hacerla vida poniéndose del lado de los sufrientes y ayudarlos a llevar su cruz. Esto hizo que la reflexión sobre el martirio se constituya en uno de los ejes de la teología latinoamericana. Especialmente en Centroamérica donde abundó absurdamente la muerte por persecución: desde el arzobispo Óscar Romero acribillado mientras celebraba la misa, el teólogo Ignacio Ellacuría y sus compañeros mártires de la UCA, hasta las sangrientas masacres de campesinos como la de la aldea de El Mozote donde en tres días fueron exterminados 936 campesinos, hombres, mujeres, ancianos y niños (430 menores de 13 años), con la sola finalidad de sembrar el terror en el resto de las poblaciones de la zona.¹²

10. Cf. A. FROSSARD, *No olvidéis el amor: La pasión de Maximiliano Kolbe*, Madrid, Ed. Palabra, 2005^a, 22.

11. Para una somera aproximación a lo que significó el Plan Cóndor puede verse el artículo en Wikipedia: *Plan Cóndor*.

12. Cf. J. SOBRINO, “El pueblo crucificado: ensayo con ocasión de los aniversarios de la UCA y El Mozote”, *Revista latinoamericana de teología* 85 (2012) 57-82.

Esta dolorosa realidad se impuso a la teología latinoamericana y le dio su *pathos* específico. Los teólogos no cultivaron una teología del martirio por moda o como artículo de importación. Ellos no tuvieron sólo conceptos ante sí para reelaborar una noción de martirio: estaban ante la realidad misma del martirio visceralmente palpable en la vida de su pueblo.¹³ Muchos de ellos contaban con la posibilidad cierta de su propia muerte. El caso más patente es el de Jon Sobrino, que salvó su vida porque no estaba en su comunidad la noche que los militares salvadoreños entraron a la Universidad y ultimaron a sus seis compañeros y a la cocinera junto con su hija menor de edad.

Incluso el propio K. Rahner, movilizado por el asesinato de Romero en El Salvador escribió sobre la necesidad de ampliar el concepto tradicional de martirio en uno de sus últimos artículos antes de morir.¹⁴ Allí se pregunta: “¿Por qué no habría de ser mártir un monseñor Romero, por ejemplo, caído en la lucha por la justicia en la sociedad, en una lucha que él hizo desde sus más profundas convicciones cristianas?”¹⁵ Buscando esa ampliación reflexiona sobre si puede ser mártir quien muere, no pasivamente sino luchando. Lo más común era pensar que el mártir debía recibir pasivamente la muerte. No *ir activamente hacia ella* como el soldado en guerra, sino recibirla por no apartarse del camino. Rahner explica que “las diferencias que existen entre una muerte por la fe después de una lucha activa y la muerte que se soporta pasivamente por la fe son demasiado inconsistentes y difíciles de precisar”,¹⁶ por lo cual no se pueden separar en el plano conceptual. Hay que encontrar un concepto de martirio que englobe ambas realidades. “En ambos casos, la muerte es asumir la muerte de Cristo; un acto supremo de amor y valentía que realiza el creyente abandonándose a la voluntad de Dios”.¹⁷ Sobre el trasfondo de voces que afirmaban que monseñor Romero no podía ser mártir porque no había muerto por odio explícito a la fe, Rahner se permite la ironía de explicar que

13. Cf. J. SOBRINO, “De una teología sólo de la liberación a una teología del martirio”, *Revista Latinoamericana de Teología* 28 (1993) 27-48.

14. Cf. K. RAHNER, “Dimensiones del martirio”, *Concilium* 183 (1983) 321-324.

15. *Ibíd.* 323. También dice Rahner que le resulta extraño que la Iglesia haya canonizado a Maximiliano Kolbe como confesor y no como mártir. Cuando escribía el artículo no tenía forma de saber que Juan Pablo II a último momento tomaría la decisión de declararlo mártir.

16. *Ibíd.*

17. *Ibíd.*

Santa María Goretti es considerada mártir siendo que murió por defender un valor de la moral cristiana como la virginidad. Queda suspendida sobre el lector la pregunta: ¿acaso lo que vale para la castidad no vale para la justicia?

El tratamiento del martirio representó un eslabón más en la larga cadena de desencuentros entre el Vaticano y la Iglesia latinoamericana. Un testimonio autorizado de esas diferencias encontramos en las memorias póstumas de quien fuera en esos tiempos el Superior General de la Orden Carmelita, el sacerdote mexicano Camilo Maccise. Allí da cuenta de los prejuicios con que miraban desde Roma la muerte de Romero. Un cardenal, al enterarse de su asesinato en el altar comentó textualmente: “Lo siento, porque se cometió un sacrilegio. Por otra parte, él se lo buscó por haberse metido en política”.¹⁸ También relata cómo medían con distinta vara en la Santa Sede a los cristianos muertos por resistir la opresión en América Latina de los que morían en sociedades gobernadas por el comunismo:

“Tachaban de política partidista lo que no era sino defensa de los derechos de los oprimidos... cuando se trataba de América Latina. En cambio, la política partidista que obispos, sacerdotes y religiosos realizaban en algunos países europeos era considerada legítima”.¹⁹

Pone como ejemplo la exaltación que se hacía del “martirio” del padre Popieluszko, capellán de los obreros siderúrgicos de Huta (Polonia), torturado y asesinado por la policía por motivos políticos en 1985.²⁰

En el documento de Aparecida (2007) la Iglesia parece capitalizar parte de la reflexión latinoamericana sobre el martirio. En el número 98, si bien no se utiliza la palabra mártir, se habla de los “santos no canonizados” y “testigos de la fe” que fueron perseguidos y murieron por su compromiso con los más pobres, remarcando que se entregaron a Cristo, a la Iglesia y a su pueblo:

“Su empeño [de la Iglesia] a favor de los más pobres y su lucha por la dignidad

18 C. MACCISE, *En el invierno eclesial. Luces y sombras de una experiencia*, México, Ed. Debate, 2015, 102.

19. *Ibíd.* 74.

20. *Ibíd.*

de cada ser humano han ocasionado, en muchos casos, la persecución y aún la muerte de algunos de sus miembros, a los que consideramos testigos de la fe. Queremos recordar el testimonio valiente de nuestros santos y santas, y de quienes, aun sin haber sido canonizados, han vivido con radicalidad el Evangelio y han ofrendado su vida por Cristo, por la Iglesia y por su pueblo”.²¹

El teólogo peruano Gustavo Gutiérrez, en una conferencia dada en 2015 en el Vaticano, sostuvo que el hecho de que Aparecida incluya en la noción de martirio a quienes dieron su vida “por su pueblo” representa un verdadero enriquecimiento en la tradición de la Iglesia.²² No sorprende semejante afirmación si consideramos que cuando el obispo Pedro Casaldáliga fue llamado en 1988 a la Santa Sede a un “diálogo” con la Congregación para la Doctrina de la Fe, entre otros reclamos se le dijo: “Ustedes llaman mártires a monseñor Romero, a... Es bueno recordar a ciertos personajes que se dedicaron al pueblo, ¡pero llamarlos mártires!”.²³ A lo que el obispo brasileño respondió: “Nosotros sabemos distinguir entre los mártires ‘canónicos’ oficialmente reconocidos por la Iglesia y esos otros muchos mártires que llamamos mártires del Reino, que dieron su vida por la justicia, por la liberación... Sí, yo escribí un poema a San Romero de América. Así lo considero, santo, mártir nuestro”.²⁴

3. *Martirio in odium fidei*

La noción de *odium fidei* viene de considerar la realidad del martirio desde el derecho canónico. Su origen se remonta a 1737, en el tratado de Benedicto XIV sobre las canonizaciones.²⁵ Es importante precisar el concepto porque una lectura literal de la expresión puede llevar a equívocos.

El mártir siempre muere por *odium fidei*. Es mártir quien, como Cristo, muere agredido por el odio que inspira el amor que encarna en

21. DA 98.

22. Cf. *Presentation of the General Assembly of Caritas Internationalis - 2015.05.12*, [en línea] <www.youtube.com/watch?v=PhnYnGKDsd0, 52'10"> [consulta:13/6/2018].

23. C. MACCISE, *En el invierno eclesial. Luces y sombras de una experiencia*, 73.

24. *Ibíd.*

25. Cf. J. I. GONZALEZ FAUS, “Testigo del amor, muerto por odio al amor”, 68.

su vida. Benedicto XVI explicaba en un discurso a la Congregación para la Causa de los Santos que:

“Es necesario que aflore directa o indirectamente, aunque siempre de modo moralmente cierto, el *odium fidei* del perseguidor. Si falta este elemento... no existirá un verdadero martirio según la doctrina teológica y jurídica perenne de la Iglesia”.²⁶

Al presentar la noción conciliar de martirio habíamos dicho que el acento está puesto en el amor del testigo, no tanto en su profesión de fe. Más aún, el planteo no apunta exclusivamente a los motivos del que mata sino a los motivos del que muere. Mira más a la víctima que al verdugo. Por eso, *odium fidei* no es sólo odio a la profesión de la fe, al hecho de ser cristiano (como era el caso de los primeros mártires del cristianismo u hoy frente a cierto fundamentalismo islámico). Es también *odium fidei*, el rechazo hacia conductas que son consecuencias de la fe. Como explica Rahner, “el término «fe» incluye también la moral cristiana”.²⁷

Esto ya podía encontrarse en la doctrina clásica cuando Santo Tomás se pregunta “si sólo la fe es causa del martirio”.²⁸ Allí explica que, “a la verdad de la fe pertenece no sólo la creencia del corazón, sino también la confesión externa, la cual se manifiesta no sólo con palabras por las que se confiesa la fe, sino también con obras por las que se demuestra la posesión de esa fe”.²⁹ Ilustra la afirmación con el ejemplo a Juan el Bautista, quien es considerado mártir y no murió por defender la fe sino por reprender un adulterio (argumento similar al de Rahner respecto de María Goretti). A lo que agrega que la muerte por “cualquier bien humano puede ser causa de martirio en cuanto referido a Dios” y que “el bien de la república es el principal entre los bienes humanos”.³⁰ Es claro que la justicia es un valor que contribuye al “bien de la república”. Más explícitamente lo señala en el comentario a la Carta a los Romanos

26. BENEDICTO XVI, *Mensaje del Santo Padre Benedicto XVI a los participantes en la sesión plenaria de la Congregación para las causas de los santos* (24/4/2006), [en línea] <http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/letters/2006/documents/hf_ben-xvi_let_20060424_cause-santi.html> [consulta: 13/6/2018].

27. K. RAHNER, “Dimensiones del martirio”, 321.

28. *STh* II-II q124, a5.

29. *Ibíd.*

30. *Ibíd.*

cuando afirma: “padece por Cristo no sólo el que padece por la fe de Cristo, sino por cualquier obra de justicia, por amor de Cristo”.³¹ En el mismo sentido puede citarse la expresión de Juan Pablo II en Sicilia al referirse que a un juez asesinado por la mafia y a otros como él diciendo: “son mártires de la justicia e indirectamente de la fe”.³²

Mostraría una concepción demasiado intelectualista de la fe pensar que el *odium fidei* solo puede aplicarse cuando la agresión se produce explícitamente contra la doctrina cristiana. Además, como bien señala J. González Faus, llevaría a la paradoja de sostener que “sólo un no cristiano podría provocar mártires. Sólo un emperador Juliano, o un gobierno ateo. Un cristiano, por cruel que fuese, no podría provocarlos pues, si se confiesa cristiano, no odiará la fe”.³³

Por eso puede decirse que el *odium fidei* debe entenderse como un *odium amoris*. Esto es, una aversión criminal hacia las actitudes con las que el mártir testimonia su amor a Cristo.

En la causa de beatificación de monseñor Romero, se optó por establecer este *odium fidei* indirecto. Para ello la *Positio* entabló tres puntualizaciones: 1) hubo persecución en El Salvador; 2) su violencia fue dirigida hacia miembros de la Iglesia; 3) la misma persecución agredió a monseñor Romero. Los postuladores de la causa de beatificación plantearon que el obispo mártir optó por ser fiel totalmente a lo que la Iglesia proclama en su magisterio, y esa fidelidad específicamente provocó a sus perseguidores a asesinarlo. Al hacerlo, dejaron entrever su odio a la fe cristiana.³⁴

Estas precisiones sobre el modo de entender el *odium fidei* son importantes para entender los martirios de Óscar Romero, Enrique Angelelli y tantos otros en América Latina. Sus verdugos fueron muchas veces militares católicos, que actuaban pretendidamente en defensa del cristianismo y con la anuencia de algunos sectores de la Iglesia. No puede decirse de ellos que “odiaban” la fe cristiana. Más bien lo que

31. *Epist. ad Rom.* 8,7.

32. Agrigento (9.5.1993). Cf. S. PIÉ I NINOT, *La Teología fundamental: dar razón de la esperanza* (1Pe 3, 15), Salamanca, Secretariado Trinitario, 2006⁶, 634.

33. J.I. GONZÁLEZ FAUS, “El mártir testigo del amor”, *Revista Latinoamericana de Teología* 55 (2002) 33-46, 41.

34. Cf. BLOG *SUPER MARTYRIO*, “Cómo comprobaron el martirio Romero”, [en línea] <polycarpi.blogspot.com.ar/2015/02/como-comprobaron-el-martirio-romero.html> [consulta:13/6/2018].

tenían era una fe enajenada. Muchos de ellos se sentían los verdaderos representantes de la fe católica y que estaban llamados a purificar la Iglesia de los obispos “rojos” cuya fe estaba corrompida por el marxismo. En Argentina, por ejemplo, esto puede verse claramente en un informe secreto que el coronel Saint Amant eleva a las autoridades militares sobre la conducta del obispo Carlos H. Ponce de León, muerto en un dudoso accidente a pocos meses de este lapidario informe. Sólo alguien con una fe desquiciada puede escribir un párrafo como el siguiente:

“Según la Doctrina Católica, el Obispo es el sucesor directo de los Apóstoles; la unión de la Iglesia se hace mediante la unión con el Obispo y fuera de la Iglesia ‘no hay salvación’. De modo que los católicos de convicción, sacerdotes o no, al cuestionarse la actuación del Obispo, de los sacerdotes o del Papa, piensan que ponen en juego su salvación eterna. Hace falta lucidez intelectual y cierto coraje para entender que un Obispo es traidor a la Iglesia, y para obrar sin el respeto que la doctrina enseña para con el sacerdote, cuando éste está destruyendo su patria y su fe”.³⁵

Al parecer, no fueron pocos los militares que en América Latina se creyeron con la “lucidez intelectual” para obrar “sin el respeto que la doctrina enseña para con el sacerdote”. Se sentían custodios de la verdadera fe e identificaban naturalmente lo que consideraban “herejía” con la “subversión” que ponía en riesgo la “seguridad nacional”. Angelelli lo había denunciado en una carta al episcopado en que decía: “no dejemos que Generales del Ejército usurpen la misión de velar por la Fe Católica”.³⁶ La misiva, fechada el 25 de febrero de 1976, concluía con dramático pedido de apoyo a sus hermanos que terminó convirtiéndose una profética premonición de su martirio: “Por ahí se me cruza por la cabeza el pensamiento de que el Señor anda necesitando la cárcel o la vida de algún obispo para despertar y vivir más profundamente nuestra colegialidad episcopal”.³⁷

4. Dimensión política de estos martirios

Decíamos en la introducción que para muchos resulta una pie-

35. E. BIANCHI, “Ponce de León, obispo y mártir”, *Vida Pastoral* 363 (2017) 4-26, 14.

36. M. S. CATOGGIO, *Los desaparecidos de la Iglesia*, Buenos Aires, Ed. Siglo XXI, 2016, 111.

37. *Ibíd.*

dra de escándalo el contexto político de estos martirios. Debemos reconocer que la memoria de estos obispos está muchas veces envuelta por la bruma de sospecha de lo que podríamos llamar un prejuicio ideológico. Creer que sus muertes tuvieron que ver exclusivamente con la política, que pagaron el precio de ser agitadores políticos en tiempos difíciles. Lo decíamos al referir lo que cuenta Maccise sobre el cardenal romano que pensaba que Romero “se la había buscado”. Otro testimonio contundente sobre este prejuicio que flotaba sobre Romero lo da el Papa Francisco cuando explica que el obispo salvadoreño siguió siendo mártir después de morir:

“El martirio de monseñor Romero no fue puntual en el momento de su muerte, fue un martirio-testimonio, sufrimiento anterior, persecución anterior, hasta su muerte. Pero también posterior, porque una vez muerto –yo era sacerdote joven y fui testigo de eso– fue difamado, calumniado, ensuciado, o sea que su martirio se continuó incluso por hermanos suyos en el sacerdocio y en el episcopado. No hablo de oídas, he escuchado esas cosas”.³⁸

Las actitudes de estos mártires, si bien podían ser políticas, en el fondo tenían motivos de fe. La dimensión política del martirio arraiga en la dimensión social del Evangelio. Nuestra fe nos pide a amar al prójimo y eso es ya un hecho político. El llamado de Jesús a vivir como hermanos en una sociedad donde muchos sufren la opresión tiene como consecuencia natural el compromiso por la justicia social y la defensa del oprimido. Sería un reduccionismo desencarnado pretender que un mártir sólo haya actuado en el terreno religioso. Expresa una falsa dicotomía la pregunta: ¿murió por la fe o por la política? Hay motivos políticos ciertamente. Pero esos motivos políticos se unen y cabalgan sobre los motivos de fe.

Si Romero y Angelelli se enfrentaron a los gobiernos terroristas no fue por diferencias ideológicas, sino por ponerse del lado de los que estaban siendo asesinados por el terrorismo de estado. La historia los puso en la encrucijada de tener que decidir entre encarnar como obispos hasta el fondo lo que enseña la Iglesia o salvar sus vidas (“*el que encuentre su vida la perderá...*” Mt 10,39). Plena conciencia de esta

38. FRANCISCO, *Discurso a una peregrinación de El Salvador* (30/10/2015), [en línea] <https://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2015/october/documents/papa-francesco_20151030_el-salvador.html> [consulta:13/6/2018].

dramática opción tenía Romero cuando en una carta dirigida a la Congregación para los obispos en 1978 escribía:

“Qué difícil es querer ser fiel totalmente a lo que la Iglesia proclama en su magisterio, y qué fácil, por el contrario, olvidar o dejar de lado ciertos aspectos. Lo primero conlleva muchos sufrimientos; lo segundo trae mucha seguridad, tranquilidad y la ausencia de problemas. Aquello suscita acusaciones y desprecios; esto último alabanzas y perspectivas humanas muy halagüeñas”.³⁹

Un último apunte sobre martirio y militancia partidaria. Ni Romero ni Angelelli “militaron” en opciones político-partidarias. Pero muchos otros sí lo hicieron desde su compromiso cristiano, como modo de tomar partido por las víctimas. Pensemos por ejemplo en Carlos Mugica, asesinado en 1974, al salir de celebrar misa y cuya militancia en el movimiento peronista es conocida por todos. En estos casos, no hay porqué decir a priori que sus opciones partidarias los impugnen para que sus muertes sean interpretadas como un martirio. Como tampoco hay que sostener lo contrario, que cualquier muerte inspirada por odio político pueda ser considerada por la Iglesia estrictamente como martirio. Para pensar estos casos debemos ir a la enseñanza de *Lumen Gentium*, donde se señala que lo que cualifica al martirio es el testimonio de amor. Por eso, aun cuando puedan ser discutibles algunas de sus opciones partidarias, puede decirse que *si el odio que los mató fue incubado por el testimonio de amor de estos militantes estamos ante un verdadero martirio*. La clave hermenéutica de todo martirio es el amor.

Conclusión: construir desde los mártires

Entre mártires y confesores la Iglesia latinoamericana cuenta con una verdadera nube de testigos del Reino. Éstos son un regalo de Dios para sus pueblos. Pero un regalo conflictivo, una bandera discutida que se levanta para exhibir un amor insoportable en un mundo que sigue estructurado sobre la injusticia. Taparse los oídos frente al grito de esa sangre derramada, no escuchar el clamor de las multitudes que sufren, es cerrarle el corazón a Dios.

39. BLOG *SUPER MARTYRIO*, “Cómo comprobaron el martirio Romero”, [en línea] <polycarpi.blogspot.com.ar/2015/02/como-comprobaron-el-martirio-romero.html> [consulta:13/6/2018].

Poco antes de su muerte, Romero gritaba proféticamente: “sería triste que en una Patria donde se esté asesinando tan horrorosamente no contáramos entre las víctimas también a los sacerdotes. Son el testimonio de una Iglesia encarnada en los problemas del pueblo”.⁴⁰ Su sangre esparcida sobre el altar rubricó que la Iglesia salvadoreña no sufrió esa tristeza. Tampoco la Iglesia argentina vivió esta aflicción, que en tiempos de dolor y marcada con el estigma de la traición de algunos, conoció también la gloria de los testimonios de Angelelli, Ponce de León, Carlos Mugica y tantos otros.

Ahora es el tiempo de recoger lo que ellos sembraron. En los mártires Dios nos habla. La sangre de Angelelli y de Romero tiene aún mucho que decirnos. Sus martirios nos hablan de un Dios cercano al pobre, amante de quien paga con su carne la voracidad de las estructuras de pecado. En América Latina seguimos teniendo millones de hermanos así crucificados. Con sinceridad debemos reconocer que como Iglesia nos falta mucho para estar a la altura de ese encuentro entre tanto dolor y tanta misericordia. Una Iglesia que brote de la semilla de la sangre de Angelelli, de Romero, y de tantos que se jugaron la vida por el pueblo, será una Iglesia encarnada en el pueblo, que comparta su cruz y también sus alegrías, sus esperanzas y sus luchas. Será una Iglesia *mártir* de la salvación que Dios está realizando en su pueblo crucificado.

ENRIQUE CIRO BIANCHI*

FACULTAD DE TEOLOGÍA-UCA

Recibido 13.07.2018/Aprobado 10.08.2018

40. J. SOBRINO, *Monseñor Oscar Romero: un obispo con su pueblo*, Santander, Sal Terrae, 1990², 58.

* Enrique C. Bianchi es presbítero de la Diócesis de San Nicolás de los Arroyos. Licenciado en Teología con Especialización en Dogmática por la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica Argentina. Es profesor del Seminario Interdiocesano La Encarnación (Resistencia, Chaco) y de la Facultad de Teología de la UCA

Bibliografía

- BENEDICTO XVI, *Mensaje del Santo Padre Benedicto XVI a los participantes en la sesión plenaria de la Congregación para las causas de los santos* (24/4/2006), [en línea] <http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/letters/2006/documents/hf_ben-xvi_let_20060424_cause-santi.html> [consulta: 13/6/2018].
- E. BIANCHI, “Ponce de León, obispo y mártir”, *Vida Pastoral* 363 (2017), 4-26.
- M. S. CATOGGIO, *Los desaparecidos de la Iglesia*, Buenos Aires, Ed. Siglo XXI, 2016.
- R. FISICHELLA, “Martirio” en: R. Latourelle; R. Fisichella; S. Pié-ninot (dirs.), *Diccionario de Teología Fundamental*, Madrid, Ed. Paulinas, 1993, 858-871.
- A. FROSSARD, *No olvidéis el amor: La pasión de Maximiliano Kolbe*, Madrid, Ed. Palabra, 2005⁵.
- J. I. GONZALEZ FAUS, “Testigo del amor, muerto por odio al amor”, *Concilium* 299 (2003) 67-74.
- C. MACCISE, *En el invierno eclesial. Luces y sombras de una experiencia*, México, Ed. Debate, 2015.
- S. PIÉ I NINOT, La teología fundamental: dar razón de la esperanza (I Pe 3, 15), Salamanca, Secretariado Trinitario, 2006⁶.
- J. SOBRINO, “El pueblo crucificado: ensayo con ocasión de los aniversarios de la UCA y El Mozote”, *Revista latinoamericana de teología* 85 (2012) 57-82.
- J. SOBRINO, “De una teología sólo de la liberación a una teología del martirio”, *Revista Latinoamericana de Teología* 28 (1993), 27-48.
- J. SOBRINO, *Monseñor Oscar Romero: un obispo con su pueblo*, Santander, Sal Terrae, 1990².
- K. RAHNER, “Dimensiones del martirio”, *Concilium* 183 (1983), 321-324.